

Referencia del trabajo:

Buelga, S. (2007). El empowerment: la potenciación del bienestar desde la psicología comunitaria. En M. Gil (Dir), *Psicología Social y Bienestar: una aproximación interdisciplinar* (pp.154-173).
Universidad: Zaragoza

El empowerment: la potenciación del bienestar desde la psicología comunitaria

Sofía Buelga

Facultad de Psicología

Universidad de Valencia

Resumen

Desde el nacimiento de la psicología comunitaria a mitad de los años sesenta en Estados Unidos, han sido numerosos e importantes los esfuerzos por construir un cuerpo de conocimientos epistemológicos, teóricos y metodológicos para esta joven disciplina. En este sentido, un autor llamado Julian Rappaport, preocupado por establecer las bases científicas de la disciplina, introduce en 1977 el modelo del empowerment. El alcance de la propuesta de este autor ha sido tan importante en el decurso de estos años, que según se afirma en el Handbook de Psicología Comunitaria publicado en el año 2000, el empowerment ha dejado de ser un modelo significativo de la disciplina para convertirse en la actualidad tanto en una orientación teórica que proporciona conceptos y principios fundamentales que ayudan a organizar el conocimiento sobre el objeto de la psicología comunitaria como en una orientación que contiene y expresa los valores de la psicología comunitaria.

Desde esta perspectiva, en este capítulo nos proponemos estudiar la doble orientación del empowerment como fenómeno de interés de la teoría científica en psicología comunitaria. Por una parte, el empowerment como teoría (*empowerment as a theory*) y por otra, el empowerment como orientación de los valores (*empowerment as a value orientation*) de la disciplina.

El empowerment: la potenciación del bienestar desde la psicología comunitaria

Como sin duda sabrá ya el lector, el nacimiento de la psicología comunitaria se produce en 1965 en la Conferencia de Swampscott (Boston). En este encuentro científico, se acuña con el nombre de psicología comunitaria a una nueva disciplina que defiende la unión indisoluble entre la teoría y la praxis. La psicología comunitaria es definida como una disciplina que estudia los procesos psicológicos generales que vinculan los sistemas sociales con la conducta individual en una interacción completa. La clarificación conceptual y experimental de estos vínculos proporcionará la base de los programas de acción que se dirigen hacia la mejora del funcionamiento individual, grupal y del sistema social” (Bennet, Anderson, Cooper, Hassol, Klein y Roseblum, 1966).

Preocupado como muchos otros psicólogos comunitarios por sentar las bases teóricas de la naciente psicología comunitaria, un autor llamado Julian Rappaport de la Universidad de Illinois propone a finales de los años setenta, un modelo que se conocerá con el nombre de empowerment. Se trata de un modelo que pretende mejorar el bienestar y calidad de vida con la potenciación de recursos individuales, grupales y comunitarios. Se parte de la idea de que el desarrollo de estos recursos genera nuevos entornos en los cuales las personas tienen una mayor capacidad para controlar por sí mismas su propia vida. En la actualidad y después de tres décadas de estudio, este modelo se ha convertido en una potente orientación de la psicología comunitaria. Por una parte, es una teoría que proporciona unos conceptos y unos principios que sirven para organizar el conocimiento sobre la psicología comunitaria, y por otra, expresa los

valores defendidos por esta disciplina comprometida con la solución de los problemas sociales (Buelga, 2001; Musitu y Buelga, 2004).

Empowerment como teoría de la Psicología Comunitaria

Como hemos dicho, Rappaport propone a finales de los años setenta el modelo del empowerment. En esta propuesta inicial, el autor pone el énfasis en tres componentes básicos del empowerment: *la ciencia social, la acción política y el desarrollo de recurso*. Rappaport entiende que la *ciencia social* y en particular el método científico es lo que garantiza un adecuado conocimiento de la realidad social. La intervención social, fundamentada en el método científico se encamina a la resolución de los problemas sociales originados la mayoría, por una distribución desigual de los recursos materiales y psicológicos (Zimmerman, 2000). La ciencia social necesita para este fin social de la *acción política*, que es la que crea las condiciones sociales que permiten actuar sobre el entorno social y, en concreto, sobre aquellas poblaciones más marginadas que necesitan una potenciación o *desarrollo de recursos* (Rappaport, 1981, 2005). El desarrollo de recursos psicosociales, que no se limita a la prestación de servicios, permite a las personas satisfacer sus necesidades más básicas y fomentar de este modo, el cambio social al generarse nuevas formas de comprender y situarse en la realidad (Montero, 2004).

El interés de Rappaport (1977, 1981, 2005) por dotar a la psicología comunitaria de una potente teoría que explique su campo de conocimiento y que sirva de guía a la investigación y actuación científica, le lleva a plantear, en la terminología de Kuhn (1962/1971), que el fenómeno de interés de la psicología comunitaria es el Empowerment. De hecho, para Rappaport, el objetivo propio de la teoría en psicología comunitaria se sitúa en este constructo (Rappaport, 1981). El empowerment es lo que se


intenta definir, comprender, explicar, predecir, crear o facilitar a través de las intervenciones y actuaciones de los científicos, mientras que la prevención es la forma de acercamiento al fenómeno de interés. En este sentido Rappaport considera que la prevención, siguiendo también a Kuhn, se equipara con el ejemplo, es decir, es una forma compartida en la comunidad científica de solucionar los problemas concretos. La prevención es la guía que dirige las estrategias de intervención mientras que el objeto de la teoría comunitaria es el empowerment; la promoción de condiciones saludables de vida (Hombrados, 1996; Musitu y Buelga, 2004).

Ahora bien, de acuerdo con Rappaport este planteamiento no es restrictivo en el sentido de limitar el objeto de la psicología comunitaria a este constructo. Al contrario, el empowerment es la puerta de acceso a un amplio abanico de variables de estudio y de implicación comunitaria muy sugerentes tales como la salud mental, la intervención educativa, la competencia social, la participación social, el apoyo social, las redes sociales, la justicia social, los grupos de ayuda mutua, etc. (Buelga, 2001; Kloos, 2005; Hombrados, 1996). Estos son algunos tópicos de interés que convergen todos en la esencia de la Psicología Comunitaria: *el sujeto como actor y responsable de su propia conducta, como participante activo y como creador de ambientes que mejoren su calidad de vida y su bienestar.*

Ahora bien, ya sabemos que para Rappaport el empowerment es el fenómeno de interés de la teoría científica en psicología comunitaria, pero en realidad qué significa este término anglosajón. En el ámbito conceptual, el empowerment puede traducirse como *potenciación o fortalecimiento*, a pesar de que esta traducción no capta la significación completa del concepto. El empowerment se define como el proceso por el

cual, las personas, organizaciones y comunidades adquieren control y dominio (*mastery*) de sus vidas (Rappaport, Swiff y Hess, 1984).

Cuadro 1. Definición de Empowerment

	<p>El concepto sugiere tanto la determinación individual de cada uno sobre su propia vida como la participación democrática en la vida de la propia comunidad, generalmente realizada a través de estructuras tales como las escuelas, el vecindario, la iglesia y otras organizaciones de voluntarios. En el empowerment convergen el sentimiento de control personal y el interés por la influencia social real, el poder político y los derechos legales (Rappaport, 1987:121)</p>
---	---

De estas definiciones, surge la idea de que los componentes básicos del proceso de dotación de potenciación o fortalecimiento son dos. Por una parte, *la autodeterminación individual* que capacita a la persona para tomar decisiones y resolver por sí misma problemas que afectan a su propia vida, y por otra, *la participación democrática en la vida comunitaria* (Musitu y Buelga, 2004).

A este respecto, Zimmerman (2000) considera que la autodeterminación como potenciación psicológica se consigue con el fortalecimiento de varios elementos.

La potenciación psicológica se consigue con el fortalecimiento del *sentido de control personal* que se manifiesta con el locus de control, con la autoeficacia y con el conocimiento crítico que capacita al sujeto para analizar y comprender las situaciones políticas y sociales en las que está inmerso. Desde esta perspectiva, la participación en organizaciones o actividades de la comunidad es un elemento importante que favorece el conocimiento crítico de la realidad sociopolítica así como el sentido de control psicológico (Laverack y Wallerstein, 2001). Las acciones conductuales que llevan a los individuos a implicarse en organizaciones o actividades de la comunidad, tales como

asociaciones de vecinos, sindicatos o grupos de autoayuda representan en este sentido, un esfuerzo consistente por ejercer cierto control sobre el entorno social. El corolario de este tipo de comportamiento proactivo es, como muestran diferentes estudios, un mayor sentido de competencia y de control personal y una disminución del sentimiento de alienación (Montero, 1998, 2004).

Prescindiendo de la forma que tome la potenciación sea por comportamiento proactivo o por el desarrollo de recursos o competencias psicológicas que conducen a la adquisición de dominio y de control, Rappaport (1987, 1981) sitúa la unidad de análisis y de intervención en la relación del individuo con el entorno. Este autor que coincide con otros autores (Hawe y Riley, 2005; Levine, Toro y Perkins, 1993; Musitu y Buelga, 2004) defiende que la naturaleza de la teoría en psicología comunitaria ha de ser esencialmente ecológica. La aproximación ecológica es considerada como la perspectiva que mejor se adapta a los intereses y objetivos de la psicología comunitaria, además de ser un excelente hilo conductor en la intervención e investigación.

El fundamento ecológico de la potenciación y por ende de la psicología comunitaria, consiste en estudiar la relación de los individuos en los contextos en los que se desarrollan con la finalidad de crear entornos que les permitan desarrollar aquellas habilidades que les hagan poseedores del control de sus propios recursos (Rappaport, 2005) y con ello, mejorar el bienestar y calidad de vida de las personas. Las necesidades entendidas en función del entorno del sujeto, permite según Rappaport, resolver de forma más adecuada los diferentes problemas sociales.

En este sentido, por ejemplo, el tipo de recursos y competencias para inmigrantes, no será previsiblemente el mismo en función de si tienen ó no, recursos económicos o una red de apoyo social en familiares o amigos. Asimismo, el tipo de necesidades y de

ahí, el tipo de empowerment cambiará según la comunidad disponga de organizaciones que apoyen, en este caso, a los inmigrantes.

Desde esta perspectiva, Zimmerman (2000) afirma que la potenciación es específica de cada contexto y de cada población. Se trata de un proceso flexible que se adapta a las diferentes personas en los diferentes contextos. Lo que es significativo desde el punto de vista del empowerment en un determinado contexto histórico, social, político, cultural o simplemente para ciertas personas, no necesariamente lo es, en otros contextos y/o con otros individuos. De ahí la importancia como veremos más tarde, de los principios de diversidad, relatividad cultural y visión ecológica para comprender la complejidad de los fenómenos sociales. A este respecto, Rappaport (1987, 1995) describe desde una visión ecológica un conjunto de proposiciones e hipótesis que deben guiar el desarrollo teórico y el estudio empírico de la potenciación.

El primer principio se relaciona con los diferentes niveles que definen teóricamente e interventivamente la potenciación. En este sentido, Rappaport plantea que la potenciación es un *constructo multinivel*. El estudio de la interacción de la persona con el ambiente debe contemplarse en función de los diferentes niveles en los que participa: individual, grupal, organizacional y comunitario.

Desde esta perspectiva multinivel, la potenciación según Rappaport, se dirige no sólo al fortalecimiento psicológico sino también a la provisión de derechos y de opciones a los ciudadanos en los contextos (barrios, organizaciones, comunidades) en los que se desarrollan. De este planteamiento, siempre teniendo presente la diversidad y relatividad cultural, surge la idea de la importancia de analizar a diferentes niveles en que los aspectos organizacionales, políticos o económicos adquieren especial relevancia en el proceso de adquisición de control y de dominio (empowerment).

Otra idea interesante que resalta Rappaport (1987, 1995) y que retoma Zimmerman (2000) con respecto a este primer principio, es la idea de influencia mutua entre los diferentes niveles -individual, organizacional, comunitario-. En este sentido, Zimmerman considera que los diferentes niveles son mutuamente interdependientes de modo que el fortalecimiento en un determinado nivel se relaciona directamente con el potencial fortalecedor en otro nivel. Los procesos de potenciación en un nivel contribuyen a potenciar los siguientes, de modo que para Zimmerman, el empowerment individual es la base para el desarrollo de organizaciones y comunidades participativas y responsables. Para Powell (1990) el empowerment representa el proceso a través del cual los individuos, grupos y comunidades llegan a tener la capacidad de controlar sus circunstancias y de alcanzar sus propios objetivos luchando por la maximización de la calidad en sus vidas. En este sentido, resulta lógica la interdependencia postulada entre los niveles, de modo que éstos sean tanto causa como consecuencia de la potenciación. Una organización fortalecida es según Zimmerman, *consecuencia* del empowerment psicológico y *causa* de desarrollo de una comunidad fortalecida.

En esta línea, como apunta Rappaport (1987, 2005) la potenciación puede aplicarse tanto a los ciudadanos tomados individualmente como a unidades supraindividuales. Así por ejemplo, Zimmerman (2000) sugiere que el interés puede estar focalizado específicamente en la potenciación de una comunidad. El empowerment en este caso, como constructo multinivel, tiene la finalidad de descubrir y de considerar en un nivel organizacional el tipo de agrupaciones, asociaciones u organizaciones que existen en la comunidad así como el tipo de relación que mantienen entre sí. Mejorar la calidad de vida de la comunidad -empowerment comunitario- pasa entonces por el análisis de los diferentes niveles que configuran esta realidad social.

Asimismo, Zimmerman sugiere que los procesos de potenciación son distintos en función de los niveles de análisis. Así, mientras los procesos de potenciación psicológicos (nivel individual) pueden lograrse con el comportamiento proactivo de la persona en la comunidad; los procesos de fortalecimiento en el ámbito organizacional pueden conseguirse con la participación de los miembros en la toma de decisiones grupales. Por otra parte, los procesos potenciadores en el ámbito comunitario se logran con acciones de la comunidad dirigidas a una mayor accesibilidad con la administración, con los medios de comunicación y con otros recursos comunitarios.

En esta línea discursiva, Musitu (1994) concluye que el elemento fundamental para comprender la potenciación se encuentra en el *proceso*. Un individuo o un colectivo no se potencian únicamente con la adquisición de un mayor poder o control sobre su ambiente. La potenciación es consecuencia de *las interacciones con el ambiente* que tienen como resultado, una mayor accesibilidad y un mayor control de los recursos, sean éstos instrumentales o psicológicos. La diferencia según Musitu entre el resultado de la potenciación y el proceso no es trivial. Así, según este autor centrarse en aquellos que poseen poder, personal o de otro tipo, supone el riesgo de soslayar aquellos mecanismos interactivos que conducen a la potenciación. También implica la posibilidad de olvidar a aquellos individuos o colectivos que no son «poderosos» si se comparan con un estándar de vida relativo, pero que están implicados en el proceso de lograr un mayor control sobre sus vidas y en ayudar a otros a conseguirlo.

En definitiva, la potenciación se fundamenta en la creencia de que las personas tienen poder para dirigir sus propias vidas y capacidad para involucrarse en la vida de la comunidad. En realidad, éste es uno de los objetivos fundamentales de la intervención/promoción comunitaria. La finalidad de la intervención del psicólogo u de

otros profesionales de la comunidad consiste en potenciar el fortalecimiento, o lo que es lo mismo, las posibilidades de que las personas, organizaciones y comunidades ganen en dominio y control sobre sus propias vidas con el fin último y primero de promover el bienestar y la calidad de vida de las personas, grupos y comunidades.

Podemos afirmar que la potencia del empowerment reside no sólo en los aspectos claves que hemos visto, sino también en ser uno de los caminos que lleva sin duda, a adquirir lo que Javaloy, Espelt y Rodríguez (1999) llaman identidad social planetaria; lo que representa posiblemente, la vía estelar para asegurar la convivencia armoniosa del ser humano consigo mismo, con los demás y con la naturaleza.

Empowerment como orientación de los valores de la Psicología Comunitaria

Adoptar la perspectiva del empowerment lleva a defender ciertos valores, que expresan metas, objetivos y estrategias para la implantación de cambios efectivos inherentes a la práctica de la psicología comunitaria (Buelga, 2001; Sánchez Vidal, 2007). Los valores que sirven de base a este acercamiento pueden resumirse en los siguientes:

En primer lugar, se plantea que *el bienestar, la salud y la calidad de vida son un bien social que debe ser accesible a todas las personas* (Musitu y Buelga, 2004). La realidad nos muestra que hay una distribución desigual de los recursos en la sociedad; los grupos y comunidades más desfavorecidos étnica, cultural o socialmente son los que menos recursos poseen, por lo que su bienestar, salud y calidad de vida se ven seriamente dañados. La psicología comunitaria, una disciplina comprometida socialmente con una clara vocación aplicada (Sánchez Vidal, 2007), es en cierto modo,

una psicología de las comunidades desfavorecidas, que pretende superar estas situaciones de desigualdad.

Desde estos postulados, el enfoque del empowerment considera que *la mayoría de los problemas sociales se deben a una distribución desigual de los recursos (y/o se relacionan con éstos)*. La criminalidad, las toxicomanías, la pobreza no son el resultado o el producto de patologías o desviaciones individuales sino que son un problema social originado y mantenido por una distribución desigual de los recursos, sean éstos materiales, sociales o psicológicos (Montero, 2006).

Comprender estas conductas es situarse en un nivel de análisis y de intervención que más allá del individuo, se interesa por los sistemas sociales, que incluyen desde factores microsociales como la familia, los sistemas de apoyo informal o los grupos de ayuda mutua, hasta factores macrosociales como la ideología dominante o el tipo de política social desarrollada, que inhibe o promueve una red institucional en sectores en riesgo - instituciones sanitarias, sociales, culturales- (D'augelli, 2003).

El interés del empowerment se dirige específicamente a *la influencia mutua que se produce entre la persona y los sistemas ambientales en los que se desenvuelve*. Ampliada la unidad de análisis y de intervención a los sistemas sociales y en concreto a las interrelaciones que se producen entre el entorno y la persona, la intervención no pretende eliminar los déficits o las debilidades de los individuos buscando una solución a los problemas presentes sino que desde una acción preventiva se busca promover y movilizar los recursos y potencialidades que posibiliten que las personas, los grupos o las comunidades adquieran dominio y control sobre sus vidas. Los recursos son estrategias, cualidades, estructuras o acontecimientos que pueden ser activados por una

comunidad determinada para resolver un problema específico o contribuir al desarrollo de la misma.

En todo sistema social (como en las personas) hay recursos y potencialidades para desarrollar (poder político, bienes económicos, poder psicológico, liderazgo, expectativas positivas, tendencias a mejorar la situación, interacciones, relaciones y cohesión social, etc.). Crear, desarrollar o potenciar sistemas de ayuda natural representan desde el enfoque del *empowerment*, uno de los recursos más valiosos de la psicología comunitaria. En este sentido, muchas personas prefieren luchar activamente por sus derechos que esperar pasivamente un cambio en el sistema político. Para una mayoría, la ayuda mutua es más valiosa y beneficiosa para mejorar su bienestar que una ayuda profesional que desde una posición externa intenta satisfacer sus necesidades. Como demuestran numerosas intervenciones comunitarias, en el interior de cada comunidad siempre hay personas que están dispuestas a cooperar, a ayudar a sus congéneres.

Tanto la psicología comunitaria como en concreto el enfoque del *empowerment* se caracterizan, por tanto, por su componente proactivo, positivo y preventivo. Más allá de buscar una solución a los problemas presentes centrándose en los déficits o debilidades, se intenta buscar y movilizar los aspectos positivos, esas fuerzas que, potenciadas por el propio grupo o sistema social, permiten mejorar su calidad de vida y bienestar.

Por otra parte, el enfoque del *empowerment* defiende como principios básicos no sólo una potenciación de los recursos o la necesidad de adoptar una visión ecológica sino también el derecho de las personas a ser diferentes. De ahí que *la diversidad sea otro de los principios asumidos por el empowerment*. Relacionado con este principio, se aboga también por *la relatividad cultural*.

Aceptar los principios de relatividad cultural implica comprender cómo las personas construyen su realidad, es decir, cómo organizan e interpretan el mundo en el que viven, su vida cotidiana (Nagayama, 2005). El ser humano, el grupo, la sociedad, están inmersos en un mundo de objetos y de relaciones cuyo significado surge fundamentalmente del modo en que han sido definidos por aquellos con quienes se ha interactuado. El profesional debe iniciar un proceso de toma de conciencia de su propia cultura, es decir, debe observar y estar atento por qué se hace lo que se hace, para comenzar así, a tomar conciencia que nuestras formas de vida, por familiares que nos resulten, son sólo nuestras y a menudo experimentadas y vividas de forma diferente y con otros significados para la gente de otros lugares, incluso muy cercanos a los nuestros. Asumir nuestro propio etnocentrismo (la centralidad de nuestra cultura) nos permite asumir que lo que hace el otro es tan normal -por raro que nos parezca- como cualquier cosa habitual para nosotros.

Como decían Thomas y Thomas a finales de los años veinte: si los hombres definen a las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias. Comprender y respetar este acuerdo intersubjetivamente compartido por los miembros de una comunidad, hacerse partícipe de la diversidad y de la relatividad cultural promoviendo una distribución más equitativa de los recursos implica, desde la perspectiva del *empowerment*, la adopción de un modelo de colaboración entre el profesional y la comunidad.

Este modelo de colaboración define en realidad el rol del profesional. Éste no actúa como experto y consejero utilizando su autoridad desde una posición unilateral para realizar un diagnóstico del problema que le permita conseguir el compromiso de la comunidad en las acciones del cambio. Rechazado este modelo de experto, así como un

modelo de ayuda paternalista, se defiende un modelo de colaboración basado en el diálogo horizontal con la comunidad (Cantera, 2004; Montero, 2005).

El profesional aprende acerca de los participantes por sus culturas, sus visiones y sus conflictos cotidianos, trabaja con éstos para la determinación de los objetivos en un clima de confianza y de respeto mutuo, compartiendo con éstos la información que se va generando. En este sentido, la elección de un lenguaje es fundamental. El lenguaje que se emplea tradicionalmente para describir los procesos de ayuda, potencia la dependencia de las personas, y crea una visión en la que las personas son clientes que precisan de una ayuda de naturaleza unidireccional. Este lenguaje según Rappaport, limita el descubrimiento de recursos y potencialidades y reduce la posibilidad de que las personas se ayuden entre sí. Un acercamiento al enfoque del *empowerment* sustituye términos como *cliente* y *experto* por *participante* y *colaborador*. Consecuentemente, el lenguaje utilizado debe transmitir a los sujetos la oportunidad que tienen para potenciar sus propias habilidades y para controlar/ movilizar sus propios recursos, prescindiendo totalmente de expresiones en las que los sujetos perciban que son objeto de ayuda o que se les va a proporcionar servicios y recursos (Sánchez Vidal, 2007).

Desde una perspectiva epistemológica, este rol del profesional supone, además, la ruptura del binomio clásico de sujeto y objeto de investigación (Janoff y Weisborg, 2006). Aquí, todos son sujetos y objetos de investigación, tanto el profesional como los participantes forman parte de un sistema social en el que se genera un conocimiento basado en un proceso de influencia mutua (Montero, 2005, 2006). Esta situación permite crear una agenda compartida para descubrir comprender y facilitar los procesos de transformación que demanda la comunidad.

En realidad, la esencia de este proceso está estrechamente ligada a los presupuestos del *modelo de investigación-acción-participante* de Kurt Lewin. El empowerment es *investigación* porque con rigor científico se realiza un proceso de estudio de la realidad o de ciertos aspectos de ésta. Es *acción* porque se orienta a la resolución de problemas específicos. Conocer la realidad es importante, pero aún lo es más transformarla con el objeto de resolver los problemas sociales.

Un aspecto fundamental en este proceso de investigación acción (Montenegro, 2004) es que se trata de un proceso continuo con una influencia mutua. Conocer e intervenir se combinan y se integran a lo largo del tiempo en diferentes grados. No se espera, como en otros modelos, el final de la investigación para pasar a la acción, sino que a medida que se genera información y conocimientos, se implementan acciones, que evaluadas, producen nuevos conocimientos que posibilitan la planificación y ejecución de nuevas acciones.

Es *participante* porque la investigación y la ciencia se ponen al servicio de la colectividad intentando ayudarle a resolver sus problemas y necesidades. Los problemas que hay que investigar siguiendo un procedimiento científico de planificación, ejecución y valoración con el uso de técnicas tanto cuantitativas como cualitativas (su nombre de triangulación) son definidos, analizados y resueltos por la propia comunidad con ayuda del profesional (Montero, 2004, 2005, 2006).

En la fase de planificación, los participantes con el profesional establecen los objetivos que se deben alcanzar, evalúan y reconocen los medios que disponen para alcanzarlos y establecen las estrategias y actividades que les permiten conseguirlos. En la fase de ejecución, llevan a cabo el plan establecido para finalmente evaluar, en la fase de valoración, la consecución del objetivo (u objetivos). Esta fase de recogida de

información fundamentada en un sistema de *feedback*, permite aprender de las acciones introducidas, planificar una nueva acción y modificar en caso necesario el plan previamente establecido.

La participación de la comunidad en este proceso de investigación-acción no sólo representa una posibilidad en sí misma para tomar decisiones que afectan a su vida colectiva, sino que constituye el mecanismo que permite hacer realidad el derecho de todas las personas a ser sujetos de historia, es decir, sujetos de los procesos específicos que cada grupo desea para mejorar la vida de su comunidad (Montenegro, 2004).

La finalidad última de la intervención, es que la comunidad sea la autogestora del proceso de transformación, que se apropie de él, y que tenga un control operativo (saber hacer), lógico (entender) y crítico (juzgar) de este proceso.

Los supuestos básicos sobre los que se sustenta el modelo de investigación-acción participante son los siguientes (Musitu y Buelga, 2004):

- Las personas construyen la realidad en la que viven.
- El propio desarrollo histórico de la comunidad en la que viven antecede y continúa a la investigación.
- La relación entre investigador y las personas que participan es horizontal.
- Toda comunidad dispone de los recursos para su evolución y transformación.

Estos supuestos implican aceptar que lo que es significativo en un determinado contexto histórico, social, político, cultural o, simplemente, para un determinado grupo o incluso para una persona, no necesariamente lo es en otros contextos y para otros individuos. No hay soluciones únicas; las soluciones dependen de cada caso. Rappaport

(1981) defiende que la finalidad de la Psicología Comunitaria no es encontrar la mejor solución al problema social: “no es que crea que no haya soluciones, sólo que dada la naturaleza de los problemas sociales, no hay soluciones permanentes ni soluciones del tipo *ésta es la única respuesta*”.

Desde esta perspectiva, se considera que no existe una única tecnología que puede aplicarse en todas las situaciones para resolver los problemas sociales, puesto que dichos problemas dependen y varían en función de las interrelaciones específicas que se producen entre las personas y los contextos en los que tiene lugar. Lo que sí hay es un modelo científico de acción social que permite obtener de un modo riguroso un conocimiento teórico y práctico de la realidad social que en definitiva, conduce a mejorar la calidad de vida y bienestar que individuos, grupos, organizaciones y comunidades demandan para aumentar el control y dominio sobre sus propias vidas.

Referencias Bibliográficas

- Bennet, CC., Anderson, L.S., Cooper, S., Hassol, L., Klein, D.C. y Roseblum, G. (1966). *Community psychology: a report of the Boston conference on the education of psychologists for community mental health, may 1965*. Boston: Boston University Press.
- Buelga, S. (2001). *Psicología Comunitaria*. Proyecto docente, titularidad. Facultad de Psicología. Universidad de Valencia. España.
- Cantera, L.M. (2004b). Ética, valores y roles en la intervención comunitaria En G. Musitu, Herrero, J., L.Cantera y M. Montenegro (Eds), *Introducción a la Psicología Comunitaria*. Barcelona: UOC (pp. 231-257).
- D'Augelli, A.R (2003). Coming out in community psychology: personal narrative and disciplinary change. *American Journal of Community Psychology*, 31, 343-354
- Hawe, P. y Riley T. (2005). Ecological theory in practice: illustrations from a community-based intervention. *Prevention Science: The Official Journal of The Society For Prevention Research*, 6 (3), 226-236.
- Hombrados, M.I. (1996). *Introducción a la psicología comunitaria*. Málaga: Aljibe.
- Janoff, S. y Weisbord, M. (2006). Future search as “real-time” action research. *Futures*, 38 (6), 716-722.
- Javaloy, F., Espelt, E. y Rodríguez, A. (1999). El movimiento ecologista: Ideología e identidad. En J. Apalategi (Ed.), *La anticipación de la sociedad, psicología social de los movimientos sociales*. Valencia: Promolibro (pp. 167-202).
- Kuhn, T. (1962/1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Laverack, G. y Wallerstein, N. (2001). Measuring community empowerment: a fresh look at organizational domain. *Health Promotion International*, 16, 179-185.
- Levine, M., Toro, P.A. y Perkins, D.V. (1993). Social and community interventions. *Annual Review of Psychology*, 44, 525-558.
- Lewin, K. (1946/1988). Action Research and minority problems. *Human Relations*, 1, 36-46. (Ed cast: Acción - Investigación y problemas de las minorías, Revista de Psicología Social, 3, 229-240)

- Montenegro, M. (2004). En G. Musitu, Herrero, J., L.Cantera y M. Montenegro (Eds). *Introducción a la Psicología Comunitaria*. Investigación-acción participativa. Barcelona: UOC. (pp. 135-165).
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.
- Montero, M. (2005). *Teoría y práctica de la psicología comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Montero, M. (2006). *Hacer para transformar. El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Musitu, G. (Dir.), (1994). *Psicología Comunitaria*. Valencia: Alori.
- Musitu, G. y Buelga, S. (2004). En G. Musitu, Herrero, J., L.Cantera y M. Montenegro (Eds). *Introducción a la Psicología Comunitaria*. Desarrollo Comunitario y potenciación,. Barcelona: UOC (pp. 167-192).
- Nagawama, H.G. (2005). Introduction to the special section on multicultural and community psychology: clinical psychology in context. *Journal of Consulting And Clinical Psychology*, 73,787-789.
- Powell, T.J. (1990). *Working with self-help*. Silver Spring MD: National Association of Social Workers.
- Rappaport, J. (1977). *Community psychology: Values, research and action*. Nueva York: Rinehart and Winston.
- Rappaport, J. (1981). In praise of paradox: a social policy of empowerment over prevention. *American Journal of Community Psychology*, 9, 1-25.
- Rappaport, J. (1987). Terms of Empowerment/Exemplars of Prevention: toward a theory for community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 15, 121-148.
- Rappaport, J. (1994). Empowerment as a guide to doing research Diversity as a positive value. En E. J. Trickett, R. J. Watts, & D. Birman (Eds), *Human diversity*. Nueva York: Plenum.
- Rappaport, J. (1995). Empowerment Meets Narrative: Listening to Stories and Creating Settings. *American Journal of Community Psychology*, 23, 122-139.

Rappaport, J. (2005). Community Psychology Is (Thank God) More Than Science
American Journal of Community Psychology, 35, 231-238.

Rappaport, J. y Seidman, E. (2000) (Eds.), *Handbook of Community Psychology*. Nueva York: Kluwer Academic Plenum.

Rappaport, J., Swiff, C. y Hess, R. (Eds) (1984). *Studies in Empowerment: Steps Toward Understanding and Action*. Nueva York: Haworth Press.

Sánchez Vidal, A. (2007). *Manual de Psicología Comunitaria*. Madrid: Pirámide.

Zimmerman, P. (2000). Empowerment Theory: Psychological, Organizational and Community Levels of Analysis. En J. Rappaport y E. Seidman (Eds.), *Handbook of Community Psychology*. Nueva York: Kluwer Academic Plenum. (pp.43-64)

Webs: Enlaces de Interés

- ❖ Society for Community Research & Action <http://www.apa.org/divisions/div27/>
- ❖ Julian Rappaport: <http://www.psych.uiuc.edu/ressources/psc/faculty/rapp.html>.
- ❖ Empowerment: <http://www.empowermentresources.com>

Referencia del trabajo:

Buelga, S. (2007). El empowerment: la potenciación del bienestar desde la psicología comunitaria. En M. Gil (Dir), *Psicología Social y Bienestar: una aproximación interdisciplinar* (pp.154-173).
Universidad: Zaragoza